



EVA PERÓN

LA VERDADERA HISTORIA CONTADA POR EL MEDICO QUE PRESERVO' SU CUERPO

Dr. Pedro Ara

In our democratically disguised times, Peronism is condemned by political theorists as a *democratically disguised dictatorship*. And yet, Eva Perón, the adored icon of the regime, was nothing less than the incarnation of the aspirations, the longings and the spirit of Argentinean masses. And what is democracy if not a principal-agent relationship where the principal – the people – has an absolute trust in the agent – the rulers? Obviously, this consideration is moot, as Dr. Ara lets the reader understand, but his absolute respect for Evita, alive and dead, permeates the book. Evita, of humble origins, searched out a better life in Buenos Aires. Eventually, after a period of struggle, she married General Perón and became the iconic link between the government and the descamisados - the lower classes. And she honestly cared about her people, heroically fighting for them even in the last days of her illness - a rare example of politics raising somebody's dignity! When she died of cancer, at the young age of 33, the regime faltered and Dr. Ara found his moment of glory as the man who, in preserving the corpse of Evita, could keep alive a shaken government. The book is a diary of that crazy period when Peronism, Pedro Ara and that corpse found themselves entwined in an historic embrace. The writing of Dr. Ara is unassuming and the death and embalming of Eva is described with affectionate albeit chilling detail. His minor personal ambitions and frustrations, oddly mixed with *raison d'État*, are difficult to follow, but one cannot fail to be moved by that consumed corpse and that little man united by destiny.

Paperback: 306 pages

Publisher: Sudamericana, 1996

Language: Spanish

ISBN-10: 9500711281



El ¡Evita se muere! no era un tema de propaganda, sino un triste lamento surgido del fondo de miles y miles de almas que sentían volar la suya gemela.

VISPERAS

Hacia mediados de junio de 1952 se presentó en mi oficina un médico argentino, de origen español, pidiéndome permiso para organizar una propaganda, según él, en mi favor. Sin más preámbulo me largó como un tiro: Doctor, Evita se muere y se dice que están por contratar unos médicos rusos o ingleses para embalsamarla. Eso no lo vamos a tolerar. Nadie más que usted puede y debe hacer ese trabajo y así lo vamos a exigir con miles de firmas.

La brava naturaleza de Eva Perón no era, sin embargo, fácil de vencer. Durante semanas y semanas, mientras la cadena de agoreros transmitía de la corte a los barrios las más tristes y desesperanzadas noticias sobre la salud de la señora, aparecía ésta repentinamente en público ya fuera en algún acto político o bien en atenciones sociales. Aparentando la negación de su fatal destino, se le atribuían bromas con los menesterosos o airados retos a los más encopetados de sus colaboradores; o la sentían disponer y ordenar, hasta volver a caer exhausta y reponerse de nuevo arrastrada por su ansia de lucha; y así, una y otra vez, dejando entre sus combates largas y crueles pausas de dolor, implacables devoradoras de hasta su menor fuente de potencia vital. Si su espíritu pareció seguir lúcido y vibrante hasta el fin, su cuerpo habíase reducido —según sus médicos— al simple revestimiento de sus laceradas vísceras y de sus huesos. En 33 kilos parece que llegó a quedar aquella señora tan fuerte y bien plantada en vida.

Ya cerca del final, en aquel estado aparentemente insostenible, cuando no se creía que pudiera haber nada corpóreo capaz de alimentar la llama vital y los médicos trataban, sobre todo, de mitigar sus lancinantes

dolores, aún les dio Eva otra —la última— inesperada prueba de su sobrehumana vitalidad. El día 18 de julio de 1952, a media tarde, entro aparentemente en coma y todos se dispusieron a enfrentar el temido momento. A su alrededor, familiares y médicos escuchaban silentes su estertorosa respiración, más débil cada vez, y así pasaron horas y horas, según relato de quien estuvo presente en esa crisis. Mas llegó la madrugada del siguiente día, agotóse la acción de los fuertes analgésicos antes administrados, abrió los ojos, ordenó enérgicamente que le quitaran de delante los inhaladores de oxígeno, pidió café, comenzó de nuevo a conversar, a dar órdenes y a sufrir, pasando en tales alternativas los días restantes hasta el 26 a las ocho y veinticinco de la tarde, en que exhaló su último suspiro.

Fue, pues, la falsa agonía de aquel 18 de julio lo que indujo a la familia y a los miembros del Gobierno a tomar las determinaciones adecuadas a sus proyectos. A las once y media de la noche de ese día, cuando ya me encontraba cómodamente instalado en el lecho leyendo y escribiendo, sonó el teléfono. Llamaban de la Presidencia para decirme, de parte del ministro doctor Mendé, que a las doce de esa misma noche estaría en mi oficina el doctor Canónico con un mensaje urgente. Poco tardé en vestirme y salir para mi despacho; el doctor llegó puntualmente. Solamente lo conocía de nombre por su reputación de cancerólogo y hombre culto. Entrando inmediatamente en materia, me expuso sus dudas acerca de que la enferma estuviera realmente en estado comatoso; mas debía cumplir la misión encomendada por el Presidente y sus ministros. Ante la seguridad de un inmediato final, me rogaban estar preparado para actuar en seguida. Contesté que si habían concebido un proyecto de tal magnitud, debían de haber comenzado muy anticipadamente su preparación. Por explicable delicadeza no podían hablar en vida de la señora de organizar un laboratorio anatómico con ese fin; pero podrían haberlo propuesto con otro motivo aparente cualquiera o ir adaptando alguno de los existentes, pues no se puede ni se debe improvisar en un trabajo de tanta responsabilidad. Antes de comenzar debe de estar minuciosamente dispuesto todo lo concerniente a local, material, personal, etc.

Atendió y comprendió el doctor Canónico mis objeciones; mas insistió en que, llegado el momento, habría que actuar como quiera que fuese. Reiteré mi opinión de que por razones políticas correspondía encargar esa operación a los profesores del país. También en esto se mostró el preciado doctor de acuerdo conmigo; pero como el decidir tan delicado extremo no era de su incumbencia, prometió transmitir mi sugestión a las más altas autoridades y volver a llamarme lo antes posible para hacerme conocer lo acordado.

Mientras tanto, la ansiedad popular había ido en aumento. Júzguese como se quiera la razón o la sinrazón de su política, un hecho indiscutible es que Eva Perón había tocado para siempre el corazón de las muchedumbres. El ¡Evita se muere! no era un tema de propaganda, sino un triste lamento surgido del fondo de miles y miles de almas que sentían volar la suya gemela; que perdían, aunque fuera para la eternidad, su escudo y su espada, su eficiente sombra protectora.

VENTISEIS DE JULIO DE 1952

Y así, desde la falsa alarma de la semana anterior, fueron sucediéndose los días sin que síntoma alguno viniera a marchitarme la esperanza de que se hubieran olvidado de mí. Pero a las cinco de la tarde de ese



Sostenida por el Presidente y sobre todo por su indomable vitalidad...

histórico 26 llamó el doctor Canónico —de parte del doctor Mendé— para prevenirme de que a las seis vendrían a buscarme. Vi claro que el asunto estaba decidido y me dispuse a hacerle frente.

Ahora, en la paz y soledad de mi despacho colmado de libros y papeles; en esa hora crucial de mi existencia, todo lo que viví, gocé y sufrí en aquellos años que escuetamente reseñados quedan al comienzo de mi actual relato, todo eso fue saliendo de los más profundos rincones de mi memoria y desfilando durante la larga espera de esa tarde del 26 de julio de 1952 para darme el ánimo que bien necesitaba.

LAS NUEVAS AUTORIDADES

Así, pues, inmediatamente se puso al habla con su hermano Clemente, jefe de la Secretaría privada del Presidente de la República, quien, sin perder un momento, me hizo ir a la Casa Rosada aquel mismo día 4 de octubre. Entrando inmediatamente en materia díjeles: «El cadáver de Eva Perón constituye en sí un importante e inevitable problema político. Lo que ustedes hagan por resolverlo ha de recaer, para bien o para mal, sobre el porvenir de la revolución que acaban de ganar. Un acto de respeto hacia los restos mortales de la señora redundará, indudablemente, en beneficio de la tranquilidad popular sin perjuicio para nadie. Ningún bien nacido les reprochará a ustedes una actitud de cristiana comprensión frente al jefe enemigo vencido después de muerto. Por otra parte, mediante un contrato me comprometo a conservar sus restos. Ha sido un asunto puramente técnico para mí el que ahora no tiene más valor político que el negativo. Creo que mi misión ha terminado; sólo me resta hacer entrega de todo lo que en la CGT se halla bajo mi custodia. Por tanto, hágame el favor de transmitir al general Lonardi mi ruego de que, lo antes posible, designe las personas que, en nombre del Gobierno, se hagan cargo de cuanto contiene el segundo piso de la CGT, don por recibido cuanto yo entregue y dejen constancia en un acta de todo lo actuado, así como también de quedar yo eximido de toda responsabilidad al respecto.»

NOTAS DEL DIARIO PERSONAL DEL DR. ARA

29 DE JULIO En vista de que no se me llamaba para cumplir con el deseo expresado al ministro doctor Mendé de visitar todos los días el cadáver, he llamado al ministro, sin poder encontrarlo en su despacho. Al fin, a la hora del almuerzo conseguí hablar a su casa particular y quedar con él en ir a buscarle a las 3,30 de la tarde, lo que realicé puntualmente. En esa visita me informó de que el cadáver, a juicio de ellos, se encontraba en perfecto estado de conservación y me manifestó que el señor Presidente tenía el borrador de las condiciones propuestas por mí. Conversamos acerca de diversos aspectos de esta cuestión y le entregué, primero para su aprobación y luego para transmitírsela al señor Presidente, la carta en la que ruego a S. E. que ordene la continuación del trabajo con la mayor rapidez posible y que nombre un representante suyo para acordar conmigo los detalles de un convenio. Al ministro Mendé le pareció muy bien el texto de la carta dirigida al Presidente y no tuvo ninguna adición, supresión ni reforma que proponer. Me manifestó la conveniencia de que el trabajo se realice en el edificio de la CGT, aduciendo que allí estaría más seguro que en ninguna parte. Que podría disponer de todo el espacio y aislamiento que deseara, y ante mis temores, derivados de ser una organización de lucha y, por tanto, su sede lugar de reunión de masas, contestó que en ningún caso podría tener inconvenientes, puesto que la CGT suspendería todas las actividades en ese edificio mientras fuera depósito del cadáver de la señora. También trató de desvanecer mis temores de posibles conflictos o disturbios por razones de competencia gremial o actuación de enemigos políticos o personales de esa Organización, lo que sería sumamente inconveniente para un trabajo que requiere seguridad y tranquilidad física y moral.

1 DE AGOSTO A las 10 de la mañana fuimos a buscar al ministro de Obras Públicas, ingeniero Alberto Dupeyron, con el que hicimos una visita a los locales de la CGT, dándonos cuenta de que la única parte utilizable para el trabajo era la segunda planta E. N. O., a pesar de la desagradable orientación, puesto que ha de dar el sol todo el día, circunstancia inconveniente para esta clase de trabajos. Sobre el terreno fueron señaladas la apertura de puertas de intercomunicación y algunas otras pequeñas obras de adaptación de cañerías e instalación de extractores de aire. En la misma tarde el ministro visitó esta Oficina Cultural con objeto de saludarme, ver el viejo momificado y seguir conversando sobre las reformas en los locales de la CGT. Más tarde visité la capilla ardiente, encontrando el cadáver igual que los días anteriores.

4 DE AGOSTO A las 11,30 vino a visitarme el doctor Trillo para acompañarme a la capilla ardiente, encontrando el cadáver con el mismo aspecto. Mientras estuvo aquí conversamos acerca de la necesidad de que, lo antes posible, se redacte el convenio y se haga efectiva la cláusula económica. Comprendió perfectamente y llevó el encargo de comunicar al doctor Cámpora, presidente del Parlamento y representante del general Perón para este caso, que yo no puedo movilizar un personal que tiene que abandonar otros trabajos sin la seguridad de que lo voy a poder sostener económicamente en la medida de la gran importancia de la empresa que acometemos. A esto contestó el doctor Trillo que no tuviera ninguna preocupación sobre ese asunto; que no olvidara que el principal interesado es el Presidente de la República; que todo marchaba bien y que, en su opinión, estaba ya autorizada la suma de 100.000 dólares. A continuación pasamos en el auto oficial al velatorio, deteniéndonos unos minutos ante el cadáver, que no presentaba alteración alguna digna de mención. Persiste, no obstante, mi temor de que al abrir el sarcófago para cambiar el cristal y ser sustituida la atmósfera de gases que en él



había por la nueva entrada del aire, se tenga una probabilidad más de acelerar la desecación de las partes delicadas, como son los dedos de las manos, labios, párpados, orejas y punta de la nariz. Por lo demás no se vislumbra el menor síntoma de que el cadáver pudiera descomponerse por parte alguna.

5 DE AGOSTO A las 10 de la noche visito con el doctor Trillo el cadáver, que se encuentra en el mismo perfecto estado. Me visita Pepe para decirme que el doctor Melchor Costa propalaba entre sus compañeros los médicos de la Morgue la noticia falsa de que el cristal del ataúd se había roto por la presión de los gases de la putrefacción y que el señor Presidente de la República había tenido que limpiar con un algodón los líquidos que salían de la boca del cadáver.

11 DE AGOSTO No se puede comenzar el trabajo porque a las 11 van a decir una misa en el salón de la CGT. A las 3 de la tarde viene el señor Lión y el Intendente de la CGT con su camioneta para transportar los bultos de reactivos y otros utensilios de mi propiedad. A las 7 hacen el traslado del cadáver al laboratorio. Se abre el sarcófago ante los empleados de la funeraria, los policías de la custodia presidencial y el señor Lión, todos los cuales se muestran asombrados del perfecto estado del cadáver, puesto que aparece completamente duro y sin más olor que el de los ingredientes empleados. Mis temores acerca del estado de la piel de las manos quedan desvanecidos, pues las arrugas producidas por la desecación lenta se encuentran duras como el cartón. Le envuelvo los dedos en un algodón con alcohol, glicerina y timol, para tenerlos durante toda la noche y esperar sin desnudar el cadáver a que el Presidente decida si ha de venir o no a visitarlo. Le desprendo el rosario y el prendedor del escudo peronista, que guardo para ponerlo a disposición del Presidente. Después de cubrirle ojos, nariz y boca con un algodón húmedo en glicerina, alcohol y timol, tapamos el ataúd y suspendemos el trabajo hasta mañana, dejando a la custodia presidencial orden terminante de que nadie puede entrar, ni ellos tampoco, sino en caso de incendio.

12 DE AGOSTO A las 11 ha llegado al laboratorio el doctor Cámpora, acompañado de su secretario, doctor Trillo. El espectáculo de la cabeza de la difunta le ha parecido asombroso. Dijo que estaba perfectamente conservada. A las 3,30 de la tarde hemos comenzado la inmersión del cadáver. He preparado 150 litros de líquido con acetato y nitrato. El cadáver tiende a flotar, pero le hemos sacado el aire de los pulmones y bronquios y puesto almohadillas para sumergirlo. Le vendé uno por uno todos los dedos de las dos manos e impregné el vendaje antes de la inmersión con la mezcla de tricloroetileno. Todo el resto del cuerpo no necesita de ningún cuidado especial como las manos. A las 8,30 de la noche hemos dado por terminado el trabajo, poniendo una tapa de hierro pesada del ataúd viejo para que sujete las almohadillas que impiden la flotación del

cadáver. Hoy tengo un coche de la Policía, con el agente Araújo por la mañana y Salgado por la tarde.

13 DE AGOSTO Después de vigilar el baño y asegurarnos de que la cabeza está sumergida, que la nariz no rota en el cristal y que las manos están igualmente sumergidas, renuevo las almohadillas y dedico el resto de la mañana a ordenar los reactivos y los instrumentos.

15 DE AGOSTO Alas 10 revisamos todo en el laboratorio; instalamos el lavabo portátil y la mesa de toilette. Descubro el cadáver, le saco las almohadillas y no tiene ninguna zona sin fijar. La cara y las manos están mejor, más decoloradas. Renuevo el líquido que las cubre. Intento llamar varias veces por teléfono, pero los «compañeros» no trabajan en día de fiesta y no hay línea.

7 DE OCTUBRE Por la mariana sacamos el cadáver y lo fricciono con la mezcla decolorante. Luego le dejo sobre la cara un algodón empapado en la misma mezcla, que desprende inmediatamente mucho oxígeno. Me alarma un poco el sentir que la reacción, sea por las sales disueltas en el líquido, sea por lo que sea, produce calor, que se concentra en la masa de algodón impregnado en el líquido que cubre la cabeza. Eso me induce a volver a levantar todo y diluir removiendo el líquido decolorante, por miedo a que durante mi ausencia se acumule demasiado oxígeno y se produzca algún ataque al metal o excesivo calor de reacción que pudiera perjudicar la cara o la cabeza del cadáver. Esa preocupación me hace regresar por la tarde a dar un rápido vistazo, encontrándolo todo bien. A las 9 de la noche me encuentro en la Oficina una nota de que han llamado el jefe de la custodia y el ayudante Pepe. Al hablarles por teléfono me dicen que me buscaron porque les había alarmado la presencia de gases irritantes que les hacían llorar, como los que ellos ponen a los manifestantes. Aunque ya me figuré que era una falsa alarma, fui a las 11 de la noche y comprobé que había sido debida a un cambio del viento, que, soplando del Norte a través de la ventana abierta, había empujado las emanaciones del líquido conservador por debajo de la puerta hacia el pasillo de la guardia. Poniendo en marcha el extractor de aire se eliminó todo olor y les recomendé que hicieran lo mismo si estas circunstancias se repitieran, más ahora que comienza el calor. Por lo demás, no había ni la más mínima filtración ni pérdida de líquido en ninguna parte. Por última vez en el día he revisado el cadáver, encontrándolo todo en perfecto orden.

10, 11 Y 13 DE OCTUBRE Preparamos líquidos para reinyectar. El S. C. H. disuelve todos los cristales de timol que queramos poner y sería una gran modificación si no fuera porque he comprobado que una pequeña cantidad de agua que se mezcle con el líquido precipita al tricloro y a los cristales de timol en forma casi microscópica, pero que probablemente obstruirían, formando grumos, los capilares o las arterias pequeñas. Como al inyectar el líquido en las arterias del cadáver forzosamente se ha de encontrar con agua de los tejidos, renuncio a emplear esa mezcla a pesar de que la encuentro teóricamente útil en grado sumo y servirá para otros casos. He hecho una nueva mezcla sólo con alcohol de 96°, formol al 10 por 100 y timol al 1 por 1.000, que por ser soluble a esta concentración en el agua no nos producirá precipitados. Hemos preparalo el aparato para inyectar y lo hemos probado con agua. Esteban tiene que corregir la válvula de seguridad, pues para afinar lo que queremos en presión de aire, la válvula resulta un poco inconstante. Esteban ha limado los picos de las cánulas de los trócares para hacer cánulas que quedan muy bien, dejando así dispuesto todo para reinyectar mañana, 14.